

Irreverentes



Jorge Andrada Álvarez

 acen

PRIMERA PARTE

El cielo se toma con un aperitivo

SEDE DEL MINISTERIO DE INTERIOR

Extracto de la comparecencia del Ministro de Interior en funciones, 27 de septiembre 2020

Comparezco ante todos ustedes para darles cuenta de los resultados de las Elecciones Generales celebradas hoy domingo 27 de septiembre de 2020, decimotercera convocatoria en nuestra democracia. Quiero comenzar por agradecer en nombre del Gobierno de España a todos los españoles que han ejercido sus responsabilidades como ciudadanos en las mesas electorales, muchos de los cuales se encuentran todavía realizando estas tareas. De igual forma, mi agradecimiento a los representantes de la Administración, los interventores de los partidos y, en general, a todos los que han colaborado en el normal desarrollo de esta jornada electoral.

Quiero expresar especialmente nuestro agradecimiento a los Cuerpos y Fuerzas de Seguridad del Estado, que están velando por que esta jornada transcurra con normalidad, con tranquilidad y sin incidentes, como corresponde a una cita que representa a la máxima expresión de nuestra democracia y, como tal, debe ser ejemplo manifiesto de libertad y tolerancia.

A continuación, y centrándonos ya en los resultados de estos comicios, podemos informarles de que, según los datos de que disponemos en este momento, con el 96,8 escrutado, la coalición PGB-HSP (Partido de la Gente del Bar-Hermanos del Santo Pelotazo), encabezada por Don Lomo Plateado, ha ganado esta elecciones. De este modo, se confirma que es la lista más votada con un total de 14.648.752 votos, lo que supone un 72% de los sufragios efectivos y una representación de 254 diputados. La segunda fuerza sería la confluencia entre el VO-AU-EP (Veganos Oprimidos-Abstemios Unidos-Empoderadas Podemos) con un resultado provisional de 3.595.234 votos, lo que supone un 16% y un total de 47 diputados en el Congreso de los Diputados. En

tercer lugar, la coalición CEPP (Conglomerado de Extorsionadores Periféricos Profesionales) con un total de 2.973.872 votos, lo que representa el 11% de las papeletas y 32 diputados electos.

Por tanto, el Gobierno felicita a la candidatura ganadora por su inmaculada campaña electoral y su consiguiente resultado arrollador en estos comicios. Además, por orden de Su Majestad el Rey Camilo VI y la Princesa de Asturias, el cabeza de la lista más votada, Don Lomo Plateado, será convocado mañana en el Palacio de la Zarzuela para tratar los asuntos urgentes de Estado e iniciar, como ya quedó explícito en su programa electoral, la apertura de un Proceso Constituyente y la convocatoria extraordinaria de Las Cortes para las reformas constitucionales emanadas del justo y libre sentido común.

ESCENA PRIMERA

La voz del pueblo

27 de septiembre de 2020

—La política más surrealista que puede improvisar un gobierno democrático es la de privar al pueblo soberano, acribillado a impuestos y a condiciones precarias de trabajo, de la libertad de desahogarse en la barra de un bar rodeado de compañeros de fatigas.

Ricardo Lúpulo recuperaba la voz original, después de entonar el sistema nervioso con dos copas de Canasta a quemarropa. De esta forma, reflexionaba en voz alta, mientras su mujer fijaba la mirada en el plasma de sesenta pulgadas: María José Lúpulo, sabia consejera del subinspector de policía, concentraba la atención en la pantalla, siempre reflexiva y boquiabierta ante las confesiones íntimas de la última mercenaria maquilloperada, aireadora detallista de sus peripecias eróticas con algún fogoso famosete del colorín.

Sin duda, las últimas semanas no podían considerarse como un periodo de plenitud personal en la cuadrículada existencia de Ricardo Lúpulo. En la soledad de su chalé urbano, curaba las heridas de la humillación sufrida por esos revolucionarios ahora en el poder. Todo el plan se urdió en las calles de Sevilla, fruto del descontento de las clases populares respecto a cuarenta años de cultura del pelotazo y saqueo de las arcas públicas. A veces, no se perdonaba su estricto sentido del deber profesional, lo que supuso el acatamiento servil de unas leyes gubernamentales contrarias al sentido común cultivado por el pueblo. Desde hace décadas, nadie era ajeno al escarnio del trabajo bien hecho, en beneficio del cuñado de turno, pero su deontología profesional le obligaba a acatar la legalidad vigente. Esfuerzos baldíos en la búsqueda de los cabecillas sediciosos, enfrentamientos cuerpo a cuerpo con parroquianos ofendidos en sus principios inmutables, trastornos

mentales de fieles colegas en la impagable tarea de preservar el orden público o la privación de la visita diaria a los habituales templos del buen beber entre amigos, constituían un doloroso peaje para cualquier ciudadano de bien.

Como todos los domingos de asueto, la familia lupuliana organizaba una comilona fraterna, donde los invitados ocasionales gozaban del privilegio de transformar por unas horas sus arterias principales en canalizaciones de grasa saturada y colesterol, así como de acelerar su ritmo cardíaco con la ingesta de los más variados espumosos, licores y heladas Reinas Rubias. Como era lógico, los lazos de sangre entre los cuatro componentes del núcleo familiar se fortalecían cada Día del Señor en torno a los preparativos de la celebración doméstica. Así, el pequeño Lúpulo abandonaba por un día su vida mística de eremita en la búsqueda de la verdad suprema de la Playstation 5 y ayudaba con vigor a cortar finito el morcón de Jabugo, la caña de lomo de Alanís y el queso en aceite de Zamora. A la zaga, emergía la esbelta figura de Angelitamari Lúpulo, que disponía con maestría los recipientes de los siete pecados capitales en forma de copa de cristal de Bohemia en la mesa oval, adornada con motivos beodocofrades. Por último, y para rematar la faena, la delicada Señora Lúpulo sazónaba la parrillada de carnes frescas de Aracena, siempre con la frescura certificada de los productos cárnicos criados en la libertad de la dehesa «Pecado capital para los fieles mahometanos»: secreto ibérico, pluma y presa, choricitos chorreantes de pringue. Vuelta y vuelta, al tiempo que envolvía en papel de plata un par de cebollas a modo de guarnición para la cuidada presentación del festival porcino.

Ante tal panorama de concordia y lealtad a las sagradas costumbres, Ricardo Lúpulo esbozaba una sonrisa forzada ante los sentimientos contradictorios en su frágil estado de ánimo. Por un lado, se sentía reconfortado por la inquebrantable unidad familiar a la hora de compartir momentos de fraternidad en torno al crepitar de la gotas de grasa en su caída constante sobre las llamas

de carbón; por otro lado, sus cavilaciones no lograban apartar ni siquiera por un instante las consecuencias sociales que el inminente resultado electoral depararía en la vida diaria de la nación y, sobre todo, en su posición al mando del departamento de investigación de la Comisaría de la Alameda de Hércules. Derrota y victoria, seguridad e incertidumbre, fidelidad profesional o coherencia ética machacaban sin descanso el sistema nervioso de un subinspector sumido en un presente fantasmagórico.

Ahora era el momento de olvidar las preocupaciones cotidianas y compartir sentimientos catárticos en el dominical oasis familiar. Hoy, como no podía ser de otro modo, disfrutaría del calor humano de su fiel lugarteniente Enrique Perurena, esposa e hijas. Felizmente, y a pesar de las reticencias iniciales esbozadas por el joven compañero para rechazar con elegancia la propuesta del jefe, había logrado reunir en torno a la sugerente barbacoa a dos generaciones de policías sin otra pretensión que la de estrechar vínculos personales ante la incertidumbre social. El anuncio a bombo y platillo por los medios de comunicación de los definitivos resultados electorales sumían al país en un estado de euforia, similar al espíritu constitucional de 1978.

—¡A mis brazos, Perurena! —recibió el anfitrión a los recién llegados al umbral de la verja de entrada de Villa Lúpulo—. Creí que a última hora te habías arrepentido e ibas a mandar un mensajito con excusas conyugales —bromeó con su estilo inconfundible—. Entrad, por favor. Sentíos como en vuestra casa y nada de timidez. Ah, perdón, antes de que se me olvide con unas cosas y otras, dos indicaciones básicas para la supervivencia durante las próximas horas de vuestra vida: al final del pasillo a la derecha está el cuarto baño de invitados y aquí, en la primera habitación a la izquierda, tenéis dos congeladores a pleno rendimiento con botellines de Cruzcampo más fríos que el abrazo de una suegra.

—Ese es mi jefe: siempre atento a los detalles importantes. Muchas gracias, Ricardo. No esperaba menos de ti. Te presento a mi familia: mi mujer Valeria y mis hijas Candela y Tana. Saludad al tito Ricardo —animó Perurena a su séquito femenino para cerrar con éxito la ronda de presentaciones.

—Encantado, Valeria. Tu marido habla de ti a todas horas, sobre todo cuando lleva cinco pelotazos entre pecho y espalda. No sé si será buena señal —ironizó el subinspector Lúpulo para romper el hielo del saludo inicial ante el desconcierto de su interlocutora—. ¿Y estas princesas? —dirigiendo su mejor sonrisa a la pareja infantil—. Queridas, os he preparado una sorpresa que no vais a olvidar durante el resto de vuestras vidas. Ya veréis cómo el tito Ricardo es superdivertido. Venga, no seáis chivatas y dadme un besito, guapísimas.

—¡Godiflón! —acertó a articular la inofensiva Tana con sus tres años recién cumplidos.

—Sí, el tito Ricardo es el anfitrión de la fiesta. ¡Lo pasaréis en grande, chicas! —sacó el capote a pasear un apurado Perurena para evitar la embestida del cervecero ultrajado—. ¿Sabéis una cosa, corazones? Dentro de la casa hay una mesa llena de caramelos y chokolatinas para las niñas que se porten bien y estén calladitas. ¿Verdad, tito Ricardo?

—¡Bieeen! ¡Estamos salvadas, Tana! ¡Viva el Godiflón! —exclamó Candela al escuchar la excelente noticia y abrazar con entusiasmo la cintura de un subinspector un poco superado por las circunstancias—. ¿Me dejas la pelota, Doraemon?

—¿Quién es Doraemon, mi vida?, ¿Y qué pelota, angelito? —preguntó un desconcertado Lúpulo ante la mirada ilusionada y las afirmaciones incomprensibles de la primogénita de los Perurena—. Mira que le dije a mi hijo

que comprara una pelota grande para que pudierais jugar en el jardín. Lo siento, cariño, pero el tito Ricardo no puede estar pendiente de todo.

—Nos quiere engañar, papá. ¡Qué chulo! —pareció no prestar mucha atención a las excusas del anfitrión en apuros—. Mañana les voy a contar a todas mis amigas del cole que he estado en casa de Doraemon, el Barrilete Cósmico. Además, no se van a creer que tenía en su barriga mágica una pelota muy muy grande. ¡Gracias, papá! —abrazó entre lágrimas de emoción a Perurena que rezaba por que la tierra desapareciera bajo sus pies.

ESCENA SEGUNDA

Salud al presidente. Gloria a Lomo Plateado

«¡Ahí va Contador! Alberto que tensa la carrera, intentando recuperar algunos segundos en la clasificación general. Ha abierto un pequeño hueco en la cabeza del grupo. Está acelerando también el líder con el maillot amarillo abierto de par en par en busca de oxígeno imposible para sus pulmones maltrechos. Vamos a ver cómo aguanta este ataque demoledor del superclase español. Cuidado que Contador está yéndose y le está costando un mundo llegar al trío perseguidor. ¡Qué espectáculo nos está regalando el ciclista madrileño! Aleksandr Vinokúrov se sienta en la bicicleta con la mirada perdida en busca de un auxilio que no va a llegar. ¡Vamos, Alberto! De un momento a otro hará catacrac el veterano corredor. Esprinta Alberto. ¡Vamos, Alberto! ¡Vamos! Todo un país te empuja desde la distancia. No se rinde. Aprieta los dientes para llegar a la cima del puerto con el mayor número de segundos posibles. Bravo, Alberto, ¡qué valiente! ¡qué increíble lo que está haciendo Contador! ¡Venga, Alberto, un puntito más! ¡Ahí lo tienes! Aprieta de nuevo los dientes Alberto. ¡Qué superclase, Dios mío! Si bajas un piñón más, se entrega. Venga, Alberto, venga, venga. Ahora sí, Alberto. Lo tienes. Ahora lo tienes, Alberto. ¡A morir, a morir! ¡Qué carrera, Dios mío, qué espectáculo del español! ¡Ha puesto de nuevo el Tour patas arriba! ¡Qué pelea, Pedro! ¡Cuánto tiempo hacía que no asistíamos a una batalla como esta!».

—Lomo, Lomo —llamaba Coloso de Peñarroya con delicadeza a la puerta maciza del dormitorio del futuro presidente—. Lomo, ¿me oyes?, ¿estás bien? Tengo que hablar contigo urgentemente.

La ausencia de respuesta podría interpretarse como un esperanzador augurio de la paz espiritual del plácido durmiente.

No obstante, la inesperada llamada del Jefe del Estado exigía la presencia inmediata del líder beodo al otro lado de la línea telefónica. Sin duda, ambos se enfrentaban a una coyuntura política de dimensiones históricas, por lo que no debía perderse ni un solo minuto en actividades banales, como un descanso demasiado prolongado. Por desgracia, la cascada de noticias en favor de la coalición aspirante exigía la interrupción del sagrado sacramento de la siesta diaria bajo el hipnótico arrullo de las retransmisiones del Tour de Francia.

—¡Lomo, Lomo! ¡Abre de una maldita vez la puerta!
—insistió con evidente nerviosismo el lugarteniente comunista—. Su Majestad el Rey está esperando desde hace un rato. No está el horno para bollos, Lomo. Advierte que es urgente que te pongas al habla ahora mismo. No hay tiempo que perder, presidente. ¡El futuro de España está en juego, joder!

No se sabe aún si fue por los desaforados gritos del gigante cordobés o por las fórmulas épicas exclamadas con euforia por el exaltado locutor deportivo, la figura de Lomo Plateado abandonó con agilidad felina las sábanas embriagadoras y emergió en todo su esplendor ante el tembloroso emisario. Un bostezo furtivo, una mueca de contrariedad, una vuelta a la vida consciente. Como de costumbre, su nariz gongorina lucía el esplendor rojizo de la celebración al dios Baco, a la vez que su límpida calva acentuaba el perfil cartesiano del cuidado bigote joseantoniano. Todo parecía estar en orden, a pesar de que la transparente bata carmesí apenas ocultaba el bamboleo pendular de sus partes íntimas.

—¡Qué quieres, maldito bolivariano! ¿Qué coño es lo que pasa? ¡Acaso uno no puede doblar la oreja un rato, metido en el sobre con tranquilidad! Ya sabes que la siesta es sagrada y más ahora con el Tour. ¿Qué pasa? ¿Tienes algún problema o es que me echabas de menos, cariño?

—No, querido. De sobra, sabes que los fachas en batita no son mi tipo. Prefiero alguna cosita más refinada, so mamonazo.

—Déjate de historias y ve al grano, infiltrado comunista. No tengo todo el tiempo del mundo para soportar soflamas políticas, querido. Primero me despiertas a porrazos y después empiezas a contarme tus sueños eróticos. ¿Qué... coño... pasa?

—Por supuesto, nada. ¿Tal vez que nos hayamos presentado a unas elecciones generales y que el pueblo soberano haya decidido depositar su confianza en nosotros? Tan solo eso. Una nimiedad. ¡Venga, hombre! Lávate la calva y coge el maldito teléfono ahora mismo. Su Majestad el Rey Camilo VI lleva diez minutos esperándote, desesperado junto a sus asesores más cercanos. Me gustaría recordarte que ya es la tercera vez que llama en la última hora. ¡Por Lenin y todos los miembros del politburó! No ha parado de suplicar que te avisara por todos los medios a mi alcance. Parece muy nervioso con las últimas informaciones sobre los sondeos a pie de urna y el avance de los resultados definitivos que están apareciendo en las principales cadenas de televisión nacionales e internacionales. Las redes sociales echan humo ante la incertidumbre del panorama político. Está fuera de sí, Lomo. Insiste en que es vital que habléis inmediatamente o terminará como su abuelo, tomando gintonics en Estoril. Ahora. ¿Qué quieres que haga? ¿Le cuelgo sin más, porque el futuro presidente está echando una cabezadita?

—Sí, claro. Perdona, plebeyo. Las dos botellas de vino de Zamora que me he pimplado a cara de perro, junto con el chuletón de ternera que me ha regalado Jorge el Gitano, me han dejado tiritando. No te pongas así, gigantón. Ya sabes que no tengo un buen despertar. Entonces, ¿qué me

decías? ¿Cuál de los dos Bombones ha llamado: el padre o el niño?

—¡Quién va a ser, Lomo! Pues, el niño, Camilo VI.

—¡Coño! Parece que la historia de las elecciones va en serio. ¡Por José Antonio bendito! Sí, está bien, pero dile que lo llamaré en quince minutos. Antes tráeme un poco de bicarbonato, que tengo unas ardentías del copón. Me tomo una cucharada generosa, dos eructos de macho ibérico y seguro que recupero el tono. No sé qué habrá podido ser. Quizá me ha sobrado la pala de mojo picón que le he echado a las papas arrugás. Creo que me estoy haciendo mayor, amigo Coloso.

—Por supuesto, pero quince minutos son quince minutos y no un par de horas, que a la cárcel no vas a venir a robar. No sé si te acuerdas pero, la última vez que dijiste lo mismo, tuve que salir de casa con el pijama puesto para recogerte en La penúltima Infinita y auxiliar a dos parroquianos sin color de cara que tenías levantados por el cuello, mientras gritabas como un legionario en plena batalla de Sidi Ifni: ¡Muera la inteligencia! ¡Viva la muerte!

—No me vengas con las exageraciones de siempre, maldito chavista. Esos dos imbéciles llevaban dos horas provocándome con no sé qué pamplinas sobre el Caudillo, el Duce y el Führer. Ya sabes, que a mí el Eje no me lo toca ni la madre que me parió. Además, solo les pegué dos tragantás y después los invité a dos castellanas a cada uno. Tolerancia ante todo.

—Claro, claro, una lucha de caballeros en defensa de la democracia. Pero, bueno, no nos desviemos del asunto: quince minutos y hablas con Camilo VI que, al pobre, le va a dar un jamacuco.

—Palabra de Lomo.

—Sin problema, entonces. Me quedo tranquilo. Voy a aprovechar para terminar de pulir el editorial que me ha

pedido la dirección de *Al rojo vivo*. Solo tengo que pulir unos flecos sobre la abolición de la propiedad privada y la nueva reforma laboral. Oye, una cosa, ¿quién era el rival de Alberto Contador en la ascensión? Parecía que el tío no se rendía ni a la de tres y vendía cara su derrota.

—Sí, una máquina en el llano, pero sufre cuando la carretera mira hacia arriba: Aleksandr Vinokúrov, internacional por Kazajistán.

—Ahora lo entiendo todo: el kazajistaní ese es una auténtica máquina —lanzó Coloso con maestría el anzuelo para el premio gordo.

—¡Kazajo, inculto, kazajo!

—¡Qué suerte, Lomito! Ya sabes lo que rima en consonante con kazajo.

ESCENA TERCERA

El Señor Presidente

Eximio Presidente Don Lomo Plateado:

En nombre del pueblo americano, le quiero trasladar a usted, al nuevo Gobierno Constitucional del Reino de España, así como a nuestros hermanos españoles, nuestra más sincera enhorabuena por las libres, justas y democráticas elecciones celebradas el pasado domingo 27 de septiembre.

Nuestro sincero deseo no es otro que fortalecer las relaciones transatlánticas, cooperando en la importación de aceite de oliva virgen, embutidos de bellota y *red tintorro*. Solo así Estados Unidos y España podrán enfrentar juntas los desafíos sin precedentes como la tiranía del veganismo, las amenazas a entonar con libertad una salve rociera con una manzanilla en la mano y la integridad territorial, el cambio climático y la huida de maestros cerveceros a terceros países.

Donald Tiriti Trump, Trump Trump

President of USA

Querido camarada Coloso de Peñarroya:

Estamos ante una nueva etapa social y política en la España del siglo XXI. Lejos queda la tiranía de dictaduras totalitarias e ilegítimas. El pueblo soberano ha dictado sentencia, pero los pobres son la mayoría y tienen poca memoria. Desde el sentimiento fraterno de la trinchera bolchevique, solo unas humildes consignas en tu nueva posición como gobernante: aprende a manejar la ignorancia,

incluye banderas y recurre a la lucha obrera cuando puedas, genera una sensación de pertenencia a una idea y baja los impuestos a las cervezas y vinos nacionales.

En el caso de la aparición de opositores, emplea la misma técnica de los gobiernos precedentes: cómpralos para que callen o envíalos fuera del país con un cargo elegido a dedo en alguna embajada u organismo inventado; descalifica siempre sin piedad al rival, para que los parados, pensionistas, funcionarios y los pocos obreros que quedan, se unan a tu proyecto político. No olvides mencionar la palabra «revolución» y expresiones fáciles y vacías como «la casta», «los de arriba», «patria» o «los españoles». Aplaudes con entusiasmo la primera simpleza que se ajuste a tus intereses personales; imprime emoción en tus sentencias huecas para enardecer el ímpetu de analfabetos funcionales e iletrados con máster.

Hasta la Victoria. Siempre, Birra o Muerte.

Eladio de Fresa

Presidente de la República de Cuba

ESCENA CUARTA

La ilusión guiando al pueblo

Cuando se oyó la voz de Matías Prats en los salones expectantes de la nación, Joaquín Valiente, pescadero ambulante, no fue capaz de contener las lágrimas ante la noticia soñada. «Lomo Plateado, presidente electo». Casi sin pensarlo, guardó en el bolsillo delantero de su chándal fresquito la petaca de ginebra. Desde la calle, llegaban las primeras voces festivas de grupos cada vez más numerosos de votantes en pleno éxtasis festivo. La ilusión guiando al pueblo. Con cierto nerviosismo, se acercó a la mesa alta de cristal junto a la puerta de entrada en busca de su cartera de cuero falso. Una decena de facturas, tarjetas de visita arrugadas. Sin blanca. Vuelta hacia el dormitorio principal. «¿Dónde demonios estará?», se quejaba, mientras revolvía las prendas dobladas en los cajones de la cómoda. Como un tesoro disimulado entre leves capas de arena, debajo de las camisetas interiores y chalecos de hilo natural, apareció el monedero de marca falsificada de su mujer. Un triste billete manoseado bastaría como credencial en la barra metálica. Bingo. Diez euros.

Aún con la hebilla del cinturón entre los dedos, se presentó en el patio vecinal con el pelo revuelto tras las prisas en la salida del domicilio. Allí, casi en una imagen inverosímil, se reunían cincuenta vecinos arracimados en quince metros cuadrados. Unos y otros se besaban y abrazaban para celebrar la victoria electoral. «Lomo presidente», repetían como enajenados ante una experiencia extraterrestre. El espectáculo festivo no solo se situaba a ras del suelo, ya que de los balcones en los pisos superiores colgaban retratos al estilo Andy Warhol del presidente electo, Lomo Plateado, y del futuro vicepresidente, Coloso de Peñarroya. Los gritos y canciones del pueblo retumbaban en las paredes desconchadas y parecían enardecer unos rostros, ya de por sí excitados por la sobremesa etílica dominical. Hasta los más jóvenes, contagiados

por la euforia de los mayores, intercambiaban cromos con las imágenes de los líderes del PGB, alabando la tez envera de Jorge el Gitano, la minúscula estatura de Jesús Farra o la sonrisa seductora de David Getha.

Entre aquel bullicio y la llegada de más vecinos exaltados por el acontecimiento histórico, intentaba hacerse hueco un recuperado José Luis Houdini, tras unos duros meses de lucha contra las secuelas de su última misión policial. En un principio, la escena parecía confusa: vítores y vivas al nuevo gobierno. En un ambiente de incertidumbre política, su objetivo era situarse en la puerta de salida a la calle para leer en nombre de todos un manifiesto de apoyo incondicional a los principios defendidos por el PGB. Adhesión sin fisuras a la nueva era, encabezada por Lomo y sus colaboradores. En este punto de la narración, es preciso recordar que el orador oficial del barrio había sufrido las consecuencias de la lucha cuerpo a cuerpo con las huestes beodas, cuando estos se rebelaron contra la dictadura de lo políticamente correcto del Ejecutivo anterior. Sin embargo, ahora se imponía un espíritu constructivo: no era el momento de recordar tragedias y fracasos personales y sí abogar por la gloria del gobierno recién elegido. Houdini estaba de vuelta.

Así, Houdini alcanzó la posición deseada tras apartar a varios vecinos con llaves marciales y algún que otro piquete de ojos. El que tuvo, retuvo. Unos salían despedidos por las expeditivas formas; otros dejaban el espacio libre en el camino del que sospechaban líder comunitario. En definitiva, muchos eran los que jaleaban al policía retirado en su desfile hacia el atril improvisado, donde debía dirigir unas encendidas palabras a la multitud.

—¡Comparaes y comares! —exclamó con convicción—.
Estamos aquí para prestar un servicio a la patria en nombre
del pueblo español. El Partido de la Gente del Bar, con
el apoyo sin fisuras de los Hermanos del Santo Pelotazo,

ha logrado una victoria incontestable. La senda hacia la libertad se abre ante nuestros ojos. ¡Viva Lomo Plateado!

La alusión inicial al compromiso inquebrantable de la ciudadanía con los valores nacionales, encarnados en la coalición ganadora, arrancó los aplausos y vítores no solo de los presentes, sino también de aquellos que atendían en silencio desde los balcones de edificios aledaños con gestos de aprobación. Por su parte, desde el humilde estrado, Houdini asentía orgulloso con gestos estudiados en una timoformación de *coaching*, como si el pueblo inspirará en su interior la sabiduría socrática del orador experimentado.

—¡Representantes libres de los derechos sagrados del pueblo soberano! —impulsó de nuevo su alegato. Enérgico. Poseído por la suprema fe en la realidad política—. Quince de millones de almas, concentradas en romper las ataduras de una sociedad clientelista, se felicitan por protagonizar un cataclismo libertario en la fecunda historia de nuestra nación. ¡Demos la bienvenida a la diosa Libertad! —se desgañitaba para encender los corazones de los oyentes entregados a la causa—. Muchos años de silencio cómplice son enterrados en el día de hoy, queridos soldados de la libertad. No os rindáis ante las seguras adversidades que nos deparará el futuro. Solo me queda alabar vuestra decisión de luchar por el camino de la justicia y el bien común. ¡Viva Coloso de Peñarroya! Hasta la victoria, siempre. Birra o muerte.

Los murmullos iniciales dieron paso a cánticos y jaleos a modo de himno conmemorativo de un presente idealizado por la fe ciega en los postulados inherentes a la revolución beoda. Comunión colectiva en homenaje al nuevo orden político. Por fin, el pueblo sentía que había llegado la hora de mirar a los ojos de los poderosos sin el miedo de sufrir los castigos del pasado.

—¡Alcoholool, alcoholool, alcohol, alcohol, alcohol!
¡Hemos venido a emborracharnos! ¡Y el resultado nos da

igual! ¡Alcohol, alcohol, alcohol, alcohol, alcohol!
¡Hemos venido a emborracharnos! ¡Y el resultado nos da
igual! —coreaban al unísono, interrumpiendo por unos
instantes las palabras del insospechado líder vecinal.

—Nosotros, víctimas de una sociedad insensible e
inmisericorde ante el sufrimiento ajeno, sacrificaremos
nuestras humildes posesiones, lucharemos hasta que las
fuerzas nos mantengan en pie frente a esta batalla desigual
y demostraremos nuestra adhesión y fidelidad al nuevo
gobierno nombrado por Lomo Plateado.

—¡Viva nuestro Houdini! —retumbó en los muros
vecinales la voz atronadora de una saetera embriagada por
las alusiones revolucionarias y, por qué no decirlo, por los
cuatro Machacos semisecos engullidos a conciencia—. Es
que no se puede hablar mejor, ni ser más guapo —añadió
a continuación—. ¡Si tiene bonito hasta el tupé, que parece
que lo ha esculpido Castillo Latrucci!

—¡Escuchad con atención, tasqueros del universo! —
continuó Houdini ahuecando el tono de voz—. Hemos
jurado ante el altar de Nuestro Sagrado Cristo del Gran
Beber nuestra firme decisión de luchar contra los hordas
de veganos, urbanitas con barbita y los extorsionadores
periféricos de la sagrada igualdad entre todos los españoles.
Sí. Nuestros corazones claman por la libertad de nuestros
hijos. Somos conscientes de nuestra fuerza y de la maldad
infinita de todos los tiranos de la equidistancia pública.
Nuestras familias no tendrán cuentas ocultas en paraísos
fiscales, pero mantenemos la dignidad alrededor de un
tanque de cerveza bien tirado. Las cosas claras y la cerveza
helada.

Una avalancha de vítores, improprios y eructos, sepultó la
diatriba enardecida de Houdini. En ese momento, Joaquín Valiente
recordó los sacrificios diarios por pagar el autónomo, mientras que
los derrotados en los comicios disfrutaban de una nómina pública
en un coqueto chalé con piscina y jardín de ensueño.

ESCENA QUINTA

Maridos en apuros

La celebración fraterna entre las familias de los dos agentes de policía se desarrollaba según los cánones establecidos en la cultura hispánica: niños campando a sus anchas por todos los espacios libres en la vivienda, anécdotas y batallitas juveniles en una lejana edad dorada en la zona masculina y reflexiones sesudas de las consortes sobre geopolítica internacional y previsiones macroeconómicas.

—Ya teníamos muchas ganas de que vinierais un día por casa. Me imagino que cruzar Despeñaperros debe de haber sido durillo. Por lo menos, supongo que habréis parado en Casa Pepe para tomar un vinito a la salud del tito Paco. ¡Qué recuerdos, niña! ¡Bueno, la vida,...! ¡qué le vamos a hacer! Eso, lo que te estaba diciendo, que mi Ricardo me ha contado que el muchacho hace mucho que no sale, como el probe Migué —inició María José Lúpulo una maniobra de aproximación para derribar las defensas de Valeria, la consorte de Enrique Perurena.

—Sí, guay, Mariajo. Nos ha costado un poco adaptarnos. Lógico. Allá en la urba todo era más *cool*. La verdad tía que, al principio, me volví un poco *crazy*. Sola y con las dos nenas estoy a *full-time*. Por cierto, ¿dónde te has comprado esa *cardigan*? Te queda I-DE-AL.

—En el Charco la Pava. El año pasado por el *Blas Fridei*, me compré esta rebequita de entretiempo, dos batas para salir a tirar la basura arreglaíta y un par de bragas de cuello vuelto. Soy tela de friolera, chochete.

—Diva, eres una diva, Mariajo. ¡*Unbelievable!* Se lo voy a decir a Claudio, mi *personal shopper*. Ya estoy un poco *tired* de tantos *looks comfy* de estar por casa y los mismos estilismos *casual*.

—Anda, hija mía, prueba estos chicharrones a ver si se te pone en su sitio la boquita. Oye, chiquilla, hablado de boquita, creo que ya es hora de que estos dos hombres traigan el plato de jamón y los langostinos tigres. ¡Ay qué caló me está entrando, Valerita!

—*Don't worry, friend.* Ya sabes cómo son los hombres: siempre pendientes de los detalles. *Peace and love.*

—Ni que lo digas, miarma. El otro día, mi marío se levantó un poco griguol, después de reliarse con los amigotes en el ambigú del Santo Pelotazo, y le dio la vena de poner una lavadora con ropa de color. ¡No veas la que lio el monstruo! Echó medio bote de Fairy en el cajón, se quedó dormido en el sofá viendo los documentales de la 2 y no se despertó hasta que llegaron las amigas de mi Angelitamari en bikini para celebrar la Fiesta de la Espuma.

—*¡Oh, my God!*—solo acertó a articular una desconcertada Señora Perurena.

La sesuda conversación entre dos visiones antagónicas de la existencia fue interrumpida de forma abrupta por el estruendo provocado por la caída de cacerolas y rotura de cristales en la cocina. Crink, crash. Tal vez el recién bautizado como Barrilete Cósmico estuviera enfrascado en la búsqueda desesperada de alguna bandeja de porcelana, donde servir los jugosos entrantes. En contra de las leyes de la Física, los ruidos se intensificaban con lo que podría ser una ceremonia de renovación espiritual. Como consecuencia, un poco aturdida y superada por las circunstancias, María José Lúpulo se persignó tres veces seguidas con ademanes más propios del profesor Miyagi, que de una peregrina extática ante la aparición de la Blanca Paloma. Mientras, a su izquierda, Valeria Perurena blandía su perfilador de labios *Estee Lauder Quickliner Intense*, antes de abandonar su comfortable sillón de invitada y emprender la operación de rescate de la pareja de patrulla en apuros.

Pasos urgentes en el pasillo diáfano. Nervios a flor de piel por el estrépito constante. Cruce de miradas como ruego de una explicación coherente. Drama de enredo, protagonizado por actores noveles. Así, en su angustioso peregrinaje hasta la cocina, María José tropezó con las zapatillas de deporte, que un desordenado pequeño Lúpulo acostumbraba a dejar en medio del pasillo. Tobillos y rodillas en direcciones opuestas. Gracias a sus aún jóvenes reflejos, Valeria la sostuvo a duras penas, agarrándola de la melena volandera. Primera prueba superada en la enrevesada carrera de obstáculos. Casi sin aliento y con los ojos a punto de abandonar las órbitas, ambas amazonas alcanzaron el umbral de la puerta de la cocina, cuando constataron incrédulas la escena inverosímil de ambos maridos ovillados en el suelo.

El hasta hace unos minutos brillante enlosado parecía haber tomado una tonalidad arcillosa con la mezcla de residuos sólidos y líquidos. Además, en el centro del improvisado círculo de lucha, se distinguían los dos cuerpos enredados en intentos vanos de neutralización de las extremidades rivales. Los alaridos de dolor se mezclaban con insultos dirigidos a la familia del enemigo. Nadie en su sano juicio alcanzaría a comprender las causas de esta estampa surrealista. En primer plano, una voluminosa humanidad impedía la comprensión cabal de una escena firmada por cualquier pintor de vanguardia, sensación intensificada por los graznidos quejumbrosos e interjecciones de los dos luchadores de sumo.

—¡Por Dios Santo! —exclamó una exhausta María José Lúpulo, cuando los gladiadores firmaron una tregua en las hostilidades—. ¿Qué demonios estáis haciendo los dos ahí, abrazados como si fuerais unos colegiales? ¡Vaya, vaya numerito, campeón! Te das cuenta, Valeria, de que no los podemos dejar solos ni un momento. Nos entretenemos un ratito a charlar de nuestras cosas y, aquí los tienes, los dos destrozando la cocina que acabamos de reformar.

—Henry, por favor, levántate inmediatamente. Has asustado a las niñas —advirtió una avergonzada Valeria Perurena.

—Vamos a ver, Ricardo, ¿qué es lo que pasa? —volvió a la ofensiva María José Lúpulo, sin mucha fe en lograr una respuesta satisfactoria.

—Nada, cariño, estábamos buscando el abridor de los botellines, que se nos había caído debajo del mueble.

El interrogatorio no parecía iniciarse con buen pie ante la excusa pueril del subinspector yacente. Quizá deberían abandonar el intento de hallar una respuesta coherente con la situación esperpéntica que se dibujaba ante sus ojos y continuar el encuentro familiar de la mejor forma posible. Sin embargo, la investigación dio un vuelco inesperado, cuando entre las manos entrelazadas de ambos guerreros se vislumbraba la silueta curvada de una botella verde de 33 cl.

—¡Era la última Alhambra Especial que quedaba en el frigorífico! —clamaba con voz lastimera un aturdido Ricardo Lúpulo, al tiempo que intentaba incorporarse—. Nada más abrir la puerta para sacar los langostinos tigre, este ingrato se lanzó como un poseso hacia el tercio, como si no hubiera un mañana.

—Estaba blanca, Valeria, nevada, helada, una suave capa de escarcha envolvía la botella. No pude contenerme, perdonadme. No sé lo que me ha pasado por la mente. Cuando la agarré casi sin pensarlo, Ricardo me mordió la mano. Entonces, intenté estrangularlo con la mano izquierda sin mucho éxito, porque a la vez me estaba destrozando los testículos sin misericordia cristiana. Reconozco que le lancé un cabezazo y que ambos caímos al suelo.

—Bueno, bueno. Por favor, volved a la mesa ¡Qué vergüenza! El futuro incierto de una nación en plena revolución democrática y vosotros peleándose por un